

Conexiones

Luis Norberto Palos Márquez

Lic. en Letras Hispánicas UAA

Dejo a Mario en Balderas. Habíamos tomado juntos el metro en Insurgentes después de brindar con un par de tragos en un bar de Amberes. Hicimos la conexión con la línea verde, sólo que con diferentes direcciones: yo iba hacia Universidad y él hacia Indios Verdes. La pronta despedida, demasiado pronto para mi gusto, se la debía en gran medida a Carlos que, no contento con privarme de la presencia de Mario la mayoría de los fines de semana, le había limitado la hora de regreso.

¿Sabías que hoy es la cuadragésima primera marcha? ¿Y eso qué tiene que ver? El número 41. Este número le viene como anillo al dedo a la celebración y, en lugar de festejarlo como se debe, Carlos te sale con estas mamadas. Ya bájale a tus huevos, pendejo. Algún día teníamos que sentar cabeza.

Aunque no se me suele subir el alcohol con tan pocos tragos, la rapidez con que Mario me hizo tomarlos, así como el tiempo que tenía sin beber, parecían haber obrado en mi contra. Y creo que la noticia que me había dado Mario, de que él y Carlos habían comenzado a informarse de la gestación subrogada, terminó por desconectarme los pies del piso. Ahora mi mente orbitaba muy lejos.

Cuando nos despedimos en Balderas, Mario me preguntó antes de separarnos si estaba bien. Hice mi mayor esfuerzo por persuadirlo de que todo estaba en orden y no se separó de mí hasta que no logré convencerlo. Cuando lo perdí de vista en la marea de gente, acepté por fin que las cosas habían cambiado y ya no serían como antes.

Al ir bajando por las escaleras tuve que sostenerme porque sentí un repentino vértigo. ¿Había bebido demasiado? Una chica que venía subiendo las escaleras se acercó a mí preguntándome si necesitaba ayuda. Yo apenas pude mirar su cintura moldeada por un extravagante

PIROCROMIO

15

#25 LGBTQ+

corsé y su extraña y larga falda esponjada. Le dije que no y le resté importancia, irguiéndome y prosiguiendo con mi descenso. El malestar pasó rápido. Qué pinche ropa tan más rara llevaba esa chica. Aunque una parte de mí comenzó a jugar a imaginarme vestido con esas prendas; una elegantísima señora con peluca, pechos postizos, aretes y bien enchapetada. Podía ser como los jotos de antes: cumplir durante el día mi deber como buga productivo de la sociedad, pero escapar en la noche a vivir con los demás habitantes del inframundo urbano nocturno que cada vez está más prostituido.

Siempre me ha llamado la atención lo exagerados que son los chilangos con el calor; no puede estar por encima de los veinte grados porque ya se están quejando. A mí el clima de México se me hace de puta madre. Cosas de provinciana, me dice Mario siempre que se la hago de pedo por tanta pinche queja por el clima, pero es que de verdad me gusta. Nunca hace demasiado calor ni demasiado frío. Rara vez llegamos más allá de los treinta grados en esta ciudad. La única excepción, y donde sí les hago eco a los capitalinos, es dentro del metro. En el putito metro siempre hace un chingo de calor. La ventilación es mala, el aire acondicionado siempre va apagado y, si a eso le agregamos que los trenes siempre van repletos de gente, hediendo y sudorosos, da la sensación de que el Infierno no puede ser muy diferente. El calor viciado que hay dentro de los vagones es insoportable.

Por eso, como siempre, me dirijo al punto más lejano del andén, para subir al último vagón. Por inercia, me digo. Los vagones centrales, que conectan con los pasillos de cada estación, suelen ser los más abarrotados. En horas pico esta situación es peor; por eso siempre me dirijo al final del andén. Pero hoy, un sábado por la noche, la gente busca acercarse al centro de la ciudad y no a las periferias. El andén está casi vacío. Aunque miento, no sólo por inercia me acerqué al final del andén.

Aunque traté de convencer a Mario, y a mí mismo, de que estoy bien, la verdad es que no lo estoy. Creo que más que nada me siento algo decepcionado. No sé. ¿Debería querer sentar cabeza como él? Habíamos planeado, como años atrás, ponernos una peda para estas fechas. Antes no hacía falta organizarse con tanta antelación, pero ahora las oportunidades de coincidir eran cada vez más escasas. Mario, Quique y yo éramos conocidas como las Mosquetebrias por nuestros amigos de la facu, porque jalábamos a todas las pedas y porque siempre

estábamos una para todas y jotas como ninguna. Ya después de que nos graduamos las cosas cambiaron un poco. No al principio, sino hasta que llegó el Carlos, que ya me superó los celos y descubrió que no le iba a meter mano al Mario, que casi sería incesto porque yo a él lo quiero como a un hermano; y más, porque a los amigos, a diferencia de los hermanos, uno los escoge. Aunque es cierto que ya antes me llegué a meter con Mario, pero fue cuando acababa de entrar a la facu y yo era nueva en la ciudad. Por primera vez fuera de la provincia quedé obnubilado por la apertura y el ambiente bohemio que ofrecía la gran ciudad. Pero de eso ya hacía mucho y la verdad la experiencia no nos había dejado con ganas de repetirla.

Aunque un corsé bien podría limitar mucho mi respiración, al pasar los dedos por mi cintura no puedo dejar de admirar lo bien que se siente que todo esté firme. Si a eso le agrego la experiencia que tengo cuando las manos de otros hombres se posan sobre mi cintura, la cosa se pone mejor. Acostumbrado a tener que mostrar fortaleza en todo momento, disfruto en silencio los momentos en que me puedo sentir frágil. Me sorprende un poco hasta dónde llega esta bilocación, pero le resto importancia. Quizá sí bebí más de lo que pensaba.

El próximo convoy llega, se para con su usual sonido chirriante que en horas concurridas parece llamar a la gente para aproximarse con más prisa, con el objetivo de conseguir entrar en el vagón y no quedarse esperando el próximo tren. Entro. Decido sentarme en uno de los asientos que mira hacia la cola del convoy, pegado a la pared del carro. El vagón va casi vacío. Al otro extremo del vagón en que vamos sólo hay un par de señores platicando, recargados el uno contra el otro. Se separan un poco y me dirigen una mirada vacilante. Cuando me ven dándoles la espalda, despreocupado, se vuelven y regresan a su posición inicial. Envidia, no sin cierta sorpresa, la alarma siempre activa en los maricones más viejos, nacidos en tiempos más cerrados para los de nuestra condición, pero menos contaminados por el sueño buga. Yo, la que más insistía en participar en cuanta manifestación a favor de “nuestros derechos” se nos cruzaba, estaba muy sorprendida de lo que acababa de pensar.

La Quique también era bien parrandera. A ella también la conocí recién entré a la facu, sólo que ella era dos años más grande que yo. Me la presentó Mario, que la había conocido a su vez porque anduvo con un amigo de la Quique; al final él terminó con ese bato, pero la

amistad con la Quique se conservó. Durante mucho tiempo la admiré mucho por su manera de vivir la vida. Toda bohemia ella. Loca, femenina, peleonera (especialmente si se la hacían de pedo por sus joterías) y bien alcohólica. Se ponía unas buenas pedas. Eso sí, nunca malacopeaba. Pero poco antes de la boda de Mario comenzó a bajonearse, a dejar de salir con nosotros si no quedábamos temprano, hasta le bajó a la jotería un poco, aunque siempre se le olvidaba y después de un rato era casi la misma. Casi, porque ya no quería que nos refiriéramos a ella en femenino. Digo, a él; la costumbre. El Mario también se mamoneó con las salidas por un rato, pero le bajó cuando Carlos me conoció mejor y me dejó de tener celos, pero igual le controlaba mucho las salidas a Mario. No le gustaba que saliera tanto por las noches y sin él porque “las jotas son muy putas y no respetan la propiedad ajena”, pero tampoco le gustaba salir con nosotros, así que muchas veces el Mario me dejaba abajo por regresar temprano al lecho nupcial, como buena esposa fiel.

En Centro Médico entra un mayate, de esos a los que se les nota a leguas que lo son, pero les gusta disimular y hacerse pasar por bugas. Trae todo el cuerpo tenso y abre mucho los pies al caminar, muy forzado. Su mirada me examina discretamente mientras se acomoda en el asiento más cercano a las puertas. Sin mirarlo a los ojos tomo una decisión y me toco la entrepierna. Ni se la piensa; se levanta y se sienta a mi lado. Por el rabillo del ojo volteo a ver hacia atrás, discretamente, antes de que el tren recomience su marcha. Los dos señores se están bajando. Qué raro, antes no me había percatado de cómo iban vestidos; muy elegantes, en traje, como si fueran a una fiesta, ensombrerados, con guantes blancos y bastón en mano. Qué excéntricas pueden ser las jotas.

Aunque el calor del metro me caga, la cajita feliz es uno de mis lugares favoritos de toda la ciudad, un lugar de resistencia. Vuelvo a ser una señora mostachuda toda emperifollada. Paso de la mano de un joven mozalbete con espeso bigote retorcido a la de otra. Sus manos rozan mi talle y de vez en cuando acercan su rostro al mío para robarme un beso en los labios, en la mejilla, en el cuello. Pruebo sus labios, la mayoría saben a alcohol. Sus rostros sonrosados y contentos, las pupilas dilatadas. Se escuchan las risas de fondo cuando termina la pieza de música. Mi último acompañante me pasa una mano por la espalda mientras con

la mirada me indica un sitio por el que desaparece otra parejita. Mis manos bajan por su espalda y sonrío con picardía. Los seguimos.

Me agarro con más fuerza la entrepierna, con la otra mano me bajo la bragueta. El mayate, aflojando ya completamente la presión del cuerpo con la que entró, me saca la verga y se la mete en la boca. Los guantes, anteriormente tan majestuosa y cuidadosamente portados, caen en el suelo sin miramientos ni cuidados. Se va formando una cama de cuellos de encaje, chaquetas, pantalones y corbatines de seda y satín, zapatos y botines muy ornamentados. Y sobre esta cama improvisada, una masa de cuerpos enzarzados en una bacanal. Mi vestido cae sobre los muslos de un joven y quedo expuesta ante todos, trasfigurada. Una identidad bifronte; un animal que se muda de su antigua piel y renace al dejar caer su anterior disfraz.

Su cabeza sube y baja con más fuerza. Mis manos, que hasta ese momento habían descansado sobre mis costados, se ciernen sobre su cabeza, empujándola más sobre mi ingle. Siento la sangre arder, un espasmo que empieza a recorrerme como nunca antes. Mi verga está a punto de estallar cuando se abren las puertas en Zapata. Ya no nos importa que nadie nos vea. Siento un ardor sin precedentes; algo secreto y radiante se eleva. De repente estallo dentro de su boca.

Después de un tiempo miro a mi alrededor, pero ya no me encuentro encerrado en el vagón del tren. Hay salpicaduras blancas sobre todos los cuerpos de hecatónquiros tendidos aún en frenesí. Hermafroditos reuniéndose con sus pares en ardientes abrazos y desprendiéndose de ellos segundos después para reunirse a otros. Yo, exhausto y relajado, recargo mi cabeza sobre el vientre de mi compañero más cercano mientras me fundo en un beso con otro de ellos. Sé que debería de indagar más en la metamorfosis acaecida, pero es que sólo quiero dejarme llevar y perseguir el dulce amor que me ofrecen mis pares sin tantas restricciones y requisitos.